

zonas, pero claro, sólo podían subsistir el tiempo apenas necesario para una cosecha. Uno de estos mercaderes, un inglés llamado Thomas Warner, decidió que la costa suramericana resultaba demasiado peligrosa y se lanzó a explorar las Antillas Menores. Estas islas se hallaban desiertas por dos razones; en primer lugar carecían de metales preciosos y de bancos de perlas; en segundo lugar estaban habitadas por indios caribes, tal vez los aborígenes más combativos y fieros de toda América. Así, los españoles solían referirse a ellas con el nombre de *islas inútiles*. Warner, por su parte, no estaba interesado en otra cosa que sembrar tabaco y estimaba que en una isla pequeña podía hacer frente a los caribes. En 1622 desembarcó en las playas de San Cristóbal, constató la presencia de abundantes manantiales y de tierras fértiles, y regresó a Londres para organizar una compañía. Dos años más tarde estaba de vuelta en la isla —ahora llamada St. Christopher y luego St. Kitts, su nombre actual—, con un grupo de emprendedores colonos. A los pocos meses arribó a la isla un corsario francés, cuyo buque estaba a punto de naufragar, y resolvió asentarse allí. El breve territorio de St. Kitts fue dividido amigablemente entre ingleses y franceses, constituyendo el primer establecimiento no ibérico de carácter permanente en la cuenca del Caribe. Hacia 1630 todo el puente de islas de mil millas de extensión que va de Venezuela hasta Puerto Rico, estaba en manos de Inglaterra, Francia y Holanda. Ese fue el precio que España pagó por mantener un monopolio comercial obsoleto y por querer apartar a los criollos caribeños de las iniciativas capitalistas.

En lo que toca a la cultura criolla de que hemos hablado, es fácil ver que al ser desarticuladas y reprimidas las sociedades marginales que la generaron, su desarrollo se hizo más lento y sus especificidades menos radicales. Esto ocurrió, por ejemplo, en La Española, donde «las devastaciones» cercenan el ritmo de ascenso de la colonia y la sumen en un letargo que habría de durar más de dos siglos. Sin embargo no sucedió así, por ejemplo en Cuba. Allí las represalias de la Corona contra el comercio de rescate, si bien no menos crueles en su intención, carecieron de efectos prácticos debido a interesantes sucesos que serían largos de contar. En todo caso, en las regiones orientales y centrales de la isla subsistió, cohesionada por el contrabando de cueros y de salazones, una sociedad criolla cuyo origen fue paralelo al de la sociedad marginal de La Española.

A finales del siglo XVIII, cuando el sistema de plantaciones se revitaliza en las colonias españolas del Caribe gracias a la política de la alianza borbónica, entra en conflicto con la cultura criolla, ya tradicional y en el punto más alto de su desarrollo. Las bases de este conflicto estaban sustentadas por las siguientes oposiciones:

- 1) la Plantación exigía grandes cantidades de tierras, importaciones masivas de esclavos y la dependencia colonial con respecto a España;
- 2) el criollo poseía o usufructuaba la gran mayoría de las tierras cultivables, no era esencialmente esclavista y tendía a las reformas político-económicas o a la independencia.

Este esquema, por supuesto, es una simplificación extrema, pero ilustra el antagonismo irreconciliable entre el campesino y el ingenio azucarero y, al mismo tiempo, explica en mucho las diferencias entre las colonias hispánicas y no hispánicas dentro del Caribe. La cultura criolla fue, consecuentemente, de raíz rural, depositaria de antiguas tradiciones indoamericanas, europeas y africanas; sus ideales no eran de orden feudal

ni ético-religioso, sino que apuntaban hacia un humanismo hedonista y popular. Esta cultura, propia sólo de las colonias españolas, ganó con relativa rapidez las áreas urbanas y —no sin compromisos— se abrió paso de abajo a arriba a través de los estamentos de la sociedad colonial, alcanzando a «criollizar» superficialmente a las oligarquías plantadoras nativas y a limitar el impacto despótico de la Plantación. En la primera parte del siglo XIX, la cultura criolla entró en el hondo proceso de transformaciones que experimentaron las sociedades caribeñas de la época, originado principalmente por su inserción en tanto *periferia* dentro de un sistema económico mundial gobernado ya no por las leyes mercantilistas sino por las nuevas concepciones derivadas de la Revolución Industrial. Bajo los nuevos cánones económicos, el negro debía cambiar su régimen laboral; debía de pasar de esclavo de la Plantación, a trabajador asalariado de la Plantación; debía, sobre todo, convertirse en un *consumidor* de lo que producía el sistema. Es en esta coyuntura, bajo la honda crisis que experimentaron las sociedades caribeñas, que la cultura criolla devino en *cultura nacional*.

Entre los textos escritos por los numerosos viajeros al Caribe, he encontrado un párrafo que describe bastante bien el ámbito social de la cultura criolla. El texto se refiere a la región oriental de Cuba, y fue redactado por el viajero francés Julien Mellet:

La mayor parte de los habitantes son mulatos o cuarterones y tienen costumbres irregulares [...] Bayamo es una ciudad edificada en un llano encantador, fértil de algodón, caña de azúcar, café y tabaco. Este llano además produce mucho maíz, legumbres, plátanos y un poco de arroz [...] Se cosecha también mucho *yarey* [...] Estas hojas son muy estimadas y se emplean en la confección de sombreros y esteras para el lugar, de gran precio [...] Las mujeres son muy bonitas, se visten muy bien y con tanta o más elegancia que en la capital, de que hablaré más adelante; pero tienen el gran defecto de beber y fumar muy a menudo [...] Su mesa es, en verdad, muy limpia y bien provista de platería; pero en vano se buscarán objetos más agradables, es decir, pan y vino. El primero se reemplaza por el *casabe* y otras raíces del país, mechadas o asadas, y por arroz cocido con gran cantidad de pimienta bien molida [...] Después de esto se sirve otro plato, cuya sola vista basta para disgustar al que no tiene hábito de comerlo. Este gran plato consiste en raíces de batatas, plátanos, con algunos pedazos de carne salada, cocido todo junto [...] El vino se reemplaza con el agua, la cual se sirve en hermosos jarros ingleses [...] Después de la comida los esclavos traen cigarrillos y entonces, todos fumando, continúan bebiendo hasta el momento de hacer la siesta [...] Al cabo de dos o tres horas despiertan y fuman otros cigarrillos. Momento después se sirve café, el cual es preciso tomar para no ponerse en ridículo, e inmediatamente las niñas de la casa comienzan a tocar la guitarra y a cantar canciones bastante indecentes. Así pasan su vida la mayor parte de sus habitantes.¹⁰

Más adelante, Mellet habla del gusto de los criollos por los juegos de azar y hace una detenida y crítica descripción de las festivas peregrinaciones a la ermita del Cobre, santuario de la Virgen de la Caridad cuyo culto sincrético constituyó una de las primeras muestras de la cultura criolla. Los reproches que el viajero le hace a las costumbres de la gente del lugar son el mejor crédito que éstas pueden recibir, en cuanto a autenticidad se refiere. Mellet juzga la cultura criolla desde sus valores europeos y no comprende los misterios del *ajiaco*, plato que combina alimentos autóctonos, europeos y

¹⁰ Julien Mellet, *Voyage dans l'Amérique Méridionale, a l'intérieur de la Côte Ferme et aux isles de Cuba et de la Jamaïca, depuis 1808 jusqu'en 1819* (Agen, P. Noutel, 1824). Cita tomada de Antonio Benítez Rojo, «Para una valoración del libro de viajes y tres visitas a Santiago»: Santiago, No. 26-27 (1977), pp. 280-282. Su traducción.

africanos, y que a través de los siglos ha permanecido como plato nacional en Cuba; tampoco sabe apreciar la gloriosa combinación del tabaco y el café, que pronto habría de ganar el mundo; pero, sobre todo, no comprende una manera de vivir más libre, más al natural, al margen de las convenciones moralizantes del cristianismo a la europea, de los códigos de buenas maneras redactados en las cortes, y de las profundas diferencias sociales que separaban en Europa a los miembros de una misma familia, atendiendo al sexo, a la edad y al grado de parentesco de sus miembros con respecto al jefe de familia o patriarca. De ahí que censure el comportamiento social de las «niñas» y de la mujer criolla, sin advertir que éste entrañaba necesariamente un factor de resistencia al discurso cultural de Europa.

El criollo insular y el criollo continental

El criollo en las Antillas españolas no fue el mismo que en Tierra Firme. En las Antillas no fue preciso deculturar al indio; éste desapareció entre la servidumbre de la *encomienda*, las matanzas y las enfermedades contagiosas traídas por los conquistadores, hacia las cuales su organismo carecía de defensas. Sobre la rápida despoblación aborigen del Caribe, dice Eric Williams:

Los resultados han de ser vistos en los mejores estimados que se han preparado sobre la tendencia de la población en La Española. Estos sitúan la población en 1492 entre 200.000 y 300.000. En 1508 el número fue reducido a 60.000; en 1510, a 46.000; en 1512, a 20.000; en 1514, a 14.000. En 1548 Oviedo dudaba si aún quedarían 500 indios de pura estirpe.¹¹

Por supuesto, esta calamidad étnica no se limitó a La Española. La población aborigen de las Bahamas desapareció totalmente en muy pocos años, víctima de las expediciones para capturar esclavos; Cuba también sufrió estas expediciones, al igual que otras islas y costas continentales, y además experimentó el fenómeno particular del hambre masiva, al prohibírsele a los aborígenes que le dedicaran tiempo a sus sembrados. La catástrofe demográfica que observó las Casas en Cuba, fue la causa de que renunciara a su *encomienda* y se erigiera en *el defensor de los indios*, cuya raza veía desaparecer en la sucesión de los días.

El veloz aniquilamiento del indio antillano tuvo por consecuencia que las islas quedaran vacías; es decir, islas donde el testimonio de sus antiguos pobladores había que buscarlo en las primeras crónicas y en ciertas palabras aborígenes que designaban toponimia, o bien flora, fauna y artefactos no conocidos en Europa. En cosa de medio siglo, las islas mayores quedaron definitivamente pobladas por gentes de Europa y de Africa, de diferentes culturas, cuyas relaciones económicas bajo el designio metropolitano habrían de estructurar a la sociedad colonial sin la presencia viva del indio.

La situación en la parte continental de la América española fue otra. Sobre todo en los altiplanos de Mesoamérica y Suramérica, donde existían *civilizaciones de regadío* densamente pobladas, con un notable desarrollo urbano, y mucho más avanzadas y mejor organizadas que las sociedades autóctonas antillanas. Aunque el choque de la Conquista

¹¹ Williams, op. cit., p. 33. La traducción al español es mía.